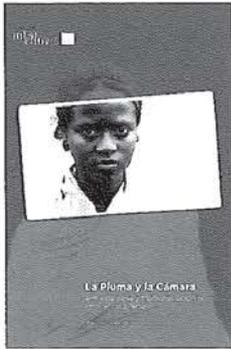


# Black & White

Nicolás Sánchez Durá



*La pluma y la cámara: Antropología y memoria colonial en Blanco y Negro*

Hasan G. López Sanz

Museu d'Etnologia, Diputació de València, 2014, 304 pp.

El efecto de realidad siempre fue preciso en los textos de los que hablaron de culturas o sociedades alejadas y raras por desconocidas. Pero aún lo fue más, aunque de forma distinta, en el periodo en que la antropología pugna por ser aceptada institucionalmente como nueva ciencia humana en el último tercio del siglo XIX y principios del XX. Pues aquella, como saber de la variedad cultural, tuvo que habérselas con múltiples relatos que reclamaban igual o mayor derecho a hablar propiamente de la alteridad cultural. Precisamente, en tiempos de esa frágil correlación de fuerzas, la antropología como saber con pretensiones científicas debía ser no solo verosímil y convincente sino serlo a través de un supuesto discurso verdadero y objetivo exento de cualquier contaminación subjetiva. Com-

petían con los etnógrafos colonos, administradores coloniales, oficiales del ejército de la metrópoli destacados, comerciantes, marinos, misioneros, incluso deportistas –véase en este libro el puntilloso cuidado de Marcel Griaule de distinguirse públicamente de las travesías o *raids* automovilísticos transaharianos y transafricanos. Todos ellos acreditaban cuando menos la antigüedad en el oficio, haber abierto rutas a parajes remotos, completado y pulido su cartografía, tener mejores habilidades lingüísticas, en definitiva una mayor familiaridad con el objeto de estudio que el etnógrafo reclamaba ahora exclusivamente para sí. Pero es sabido que «ciencia» no es un término meramente descriptivo sino valorativo y la antropología, en su aspiración a presentarse como tal, emprendió un

largo y sinuoso camino con el fin de erigirse en el único saber autorizado para hablar con legitimidad científica sobre la diversidad humana. Es decir, el único saber que en tal asunto podía presentarse como un saber objetivo, no ficticio ni fantasioso, exclusivo e inapeable (salvadas, claro está, las disputas de las diferentes escuelas, paradigmas, tendencias, etc. según el proceder *comme il faut* de las ciencias modernas).

Y para tal fin, la antropología o sus disciplinas subsidiarias, la etnografía y la etnología (aunque todavía se discute si son tres cosas distintas o equivalentes), fue arbitrando en su periodo clásico –más o menos hasta la post guerra mundial de 1940– una matriz común a todos los que la practicaban fuera el que fuera su punto de vista de escuela: la observación participante en un trabajo de campo prolongado en el medio social que el etnógrafo hubiera elegido para su estudio. Ese trabajo debía proporcionar la base observacional tanto en el asunto de proporcionar objetividad a las descripciones etnográficas cuanto, en el límite, formular leyes generales que expresando regularidades causales propiciaran explicaciones de las instituciones estudiadas en una perspectiva comparativa (la magia, el parentesco, la dieta, etc.). Pues no hay ciencia moderna –salvo las formales– que no se reclame empírica y experimental, por lo menos empírica (en el caso de las llamadas ciencias humanas), ya sea en la formulación de teorías o en su contraste y validación. De manera que fuera lo que fuera lo que los diferentes antropólogos pensaran sobre la posibilidad de llegar a

formular leyes generales y subsiguientes explicaciones, fuera mayor o menor su escepticismo sobre el acuñar teorías generales y emular hasta ese punto el patrón de las ciencias de la naturaleza, todos participaron de lo que se constituyó en santo y seña de la profesión: la observación participante en un trabajo de campo prolongado (bueno, hay que decir que siempre se fue muy caritativo respecto a cómo interpretar eso de «prolongado»). Tal cosa, en definitiva, constituía el principio de realidad de la disciplina.

Como es sabido, ese proceso de vindicación científica –y de exclusión o subsidiariedad de los otros saberes presentes– fue expuesto en sus líneas generales en el hoy famoso artículo de James Clifford, «Sobre la autoridad etnográfica», incluido en su no menos famoso libro *The Predicament of Culture* de 1988. Sobre él he de volver. Pero valga decir que según Clifford ese proceso de fragua de la autoridad etnográfica tiene como textos fundacionales –en el sentido de Foucault, es decir: como fundadores de un discurso donde muchos otros se inscribirán siguiendo sus reglas de composición– *We the Tikopia* de Raymond Firth (1936), *Coming of Age in Samoa* (1928) de Margaret Mead, *Los Nuer* (1940) de E.E. Evans-Pritchard, *The Andaman Islanders* (1922) de Radcliffe-Brown y, *last but not least*, *Argonauts of the Western Pacific* (1922) de Bronislaw Malinowski y el hoy celeberrimo «manifiesto programa» metodológico de su introducción. En cuanto a Marcel Griaule, que en este libro ocupa un lugar central –*et pour cause!*–, lo cita solo para señalar las va-

riaciones en la definición de la etnografía «intensiva» (respecto al Malinowski de *Los Argonautas*). Clifford se refiere a su escrito *Méthode de l'ethnographie* de 1957, un texto tardío de cuando la partida ya estaba jugada. Bien es verdad que en otros escritos se refiere profusamente al Griaule de *Dieu d'eau: entretiens avec Ogotemmêli* (1948), pero en cuanto precursor de la antropología dialógica. En fin, en el asunto que nos ocupa, Clifford solo menciona y no tematiza (cierto, un artículo es solo un artículo) la Misión Dakar-Djibouti de 1931-1933, liderada por Griaule, con el fin de afirmar que el trabajo de campo se instituyó hegemónicamente antes en Estados Unidos e Inglaterra que en Francia.

Sin embargo, la Misión Dakar-Djibouti no fue cualquier cosa. Fue, para ser breve e impreciso, un hito fundamental en la peculiar manera en que se fraguó la autoridad etnográfica francesa en el periodo de entreguerras; además, contribuyó poderosamente a su institucionalización museística, pues el Museo del Hombre abrió sus puertas con una colección de objetos en gran parte provenientes de la colecta de campo de esa expedición (trajo a su vuelta unos 3.600 objetos y 300 manuscritos etíopes). En cualquier caso, la Misión Dakar-Djibouti tuvo como matriz una retícula de conexiones y nexos de sentido donde se aunó surrealismo, *art noir*, incluido el prestigio del jazz, admiración por Conrad, exotismo colonial en todas sus variantes, la fundación del Instituto de Etnología en 1925... y la estela de Émile Durkheim y Marcel Mauss. Este libro vuelve so-

bre esa trama y pone de manifiesto los múltiples hilos que la traban. Trama, por cierto, que no ha suscitado toda la exégesis que se merece.<sup>1</sup> Pues el lector tiene la oportunidad de apreciar al hilo de este caso francés cómo las tensiones y conflictos de los procesos que llevaron a la construcción de la autoridad etnográfica son notablemente distintos según fueran los diferentes ámbitos históricos, coloniales, lingüísticos, culturales y académicos donde se dieron.

Pero la Misión Dakar-Djibouti no solo aportó esa cantidad magnífica de objetos y manuscritos –con formas de expolió que fueron desde la sutileza a la neta violencia, como sabemos por *L'Afrique Fantôme* (1934) de Michel Leiris, libro inclasificable que roe la autoridad etnográfica francesa desde dentro en el mismo momento de su constitución.<sup>2</sup> También trajo de vuelta a casa una cantidad ingente de fotografías, unas seis mil. Y a ello voy, dando un pequeño rodeo, pues este libro se llama *La pluma y la cámara* y la fotografía y sus usos es eje fundamental del mismo.

Cuando los observadores comenzaron a ser observados, por parafrasear el título del conocido libro de Stocking, varias fueron las voces que se preguntaron por los entresijos –hasta cierto punto, el enigma– de que una experiencia personal, biográfica (la estancia del etnógrafo en el campo y toda su peripecia) pudiera llegar a convertirse en un texto científico (la monografía etnográfica que se escribe a la vuelta). Aspecto importante de esa curiosa etnología de la actividad de los etnógrafos fue el atender a un aspecto ob-

vio: que ciencia o no las monografías etnográficas clásicas eran textos. Peculiares sí, pero textos que leían los lectores de aquí. Clifford Geertz –y poco importan las disputas sobre «¿a quién se le ocurrió primero?»– defendió que el escrutar la relación entre el observador y el observado, productora de los informes, no se resuelve sin tener en cuenta otra distinta, la relación entre el autor y su texto. Y en este punto se cruza aquella cuestión que apunté al principio: el de la verosimilitud en pos de la credibilidad del relato. Hoy, ya lejos del periodo clásico, no es razonable pensar que tal credibilidad se deba ni a la información empírica de detalle –la masa de datos–, ni al aparato teórico que comportan dichos textos. Pues es cierto que seguimos leyendo y estudiando las monografías de Evans-Pritchard o Malinowski, aunque hoy en día ya nadie comparta sus supuestos teóricos. Ahora bien, respecto de la sustantividad fáctica hay que tener en cuenta que la detallada información, que supuestamente es meramente observacional, se nos transmite en asertos que son difícilmente contrastables. Así que nos encontramos con la paradoja de que el carácter altamente concreto y empírico de las descripciones etnográficas se conjuga con una especie de irrefutabilidad. Si volviéramos hoy entre los azande –que tan minuciosamente describió Evans-Pritchard en su *Brujería, magia y oráculos entre los azande* (1937)– nuestras descripciones serían diferentes y no por ello Evans-Pritchard quedaría desautorizado: podríamos perfectamente decir que los azande ya no son como eran

en los años 30, o que nuestras descripciones y las suyas versan «sobre diferentes partes del mismo elefante».³ Independientemente del escándalo que tales puntos de vista pudieran provocar en su día, creo que lo que señala C. Geertz es perfectamente razonable: que «hechos» o «datos empíricos» hay de muchos tipos y que, también, la relación entre «hechos» y «teorías» (o interpretaciones) no es siempre de la misma clase o del mismo tipo. Hay muchos tipos de premisas fácticas y muchos tipos de relación entre premisas fácticas y conclusiones. O dicho de otra manera: hay diferentes tipos de evidencias y diferentes maneras en que esas diversas clases de evidencia apoyan diferentes tipos de teoría. Piénsese en las diferencias que existen, siquiera sea *grosso modo*, entre lo que llamamos un «hecho» en el discurso de la economía o en el de la historia o en el de la física. En el caso de la antropología, esos datos empíricos o «hechos» siempre forman parte de un relato que escribe el antropólogo cuando vuelve a casa. Son los modos retóricos de producción de ese relato lo que cabe analizar cuando se trata de escrutar la relación del autor y su texto y los efectos de realidad y verosimilitud que aquéllos conllevan.

Ahora bien –y vamos ya con la fotografía– los que han participado de este «giro retórico» en la antropología por lo general cuando hablan de «texto» están pensando en texto *escrito*. Pero *Argonautas del Pacífico Occidental* no es solo un texto escrito, incluye sesenta y seis láminas fotográficas. Podríamos poner otros tantos ejemplos que el lector encontrará en este libro que co-

mento. En principio tal ausencia de reflexión sobre el uso de la fotografía en la etnografía del periodo clásico es llamativa. Porque la fotografía en cuanto forma de representación es totalmente acorde con la deriva que había tomado la etnografía en la afirmación de su autoridad, pues la observación participante otorgó un papel central a lo visual. De hecho el artículo de Clifford «Sobre la autoridad etnográfica» comienza con una contraposición que considera sintomática del quehacer etnográfico que se dispone a analizar. La contraposición de dos imágenes del frontispicio de dos libros: el de la edición de 1724 de *Moeurs des sauvages américains* del padre Lafitau y el de *Argonauts of the Western Pacific* de Malinowski. En el primero se muestra al etnógrafo como a una joven sentada junto a un escritorio rodeada de objetos del Nuevo Mundo, de la Grecia Clásica y de Egipto, etc. En el segundo, una fotografía con el subtítulo «un acto ceremonial del Kula», la forma ritual de las islas Trobriand. Clifford comenta que el grabado del libro de Lafitau no hace referencia a la experiencia etnográfica a pesar de los cinco años que el padre Lafitau pasó entre los mohawk estudiándolos. Su relato, dice, se presenta no como el resultado de una observación directa, sino como la escritura en un taller. Por el contrario, en el caso del libro de Malinowski el frontispicio, en tanto fotografía, afirma la escena que presenta, pero sugiere también la del etnógrafo «componiendo activamente [dice] este fragmento de la realidad trobriandesa». Componiendo, sí; porque el mismo Clifford

señala que el efecto de realidad de aquella gente representada realizando una ceremonia totalmente ajena a la cámara, supuestamente captada sin contaminación alguna del etnógrafo en el *field* (pero fuera de campo), se quiebra si tenemos en cuenta que uno de los jóvenes inclinados ante el jefe trobriandés está mirando a la cámara. No es preciso que la fotografía esté posada, como tantas veces aparece dicho *en passant* en *L'Afrique Fantôme* de Leiris: se encontraban asuntos, actividades que al día siguiente volvían a reproducirse para ser fotografiados. Basta con pensar que en la fotografía todo encuadre supone una exclusión, todo lo que queda fuera de campo, y también lo que ocurre antes y después de la toma de la instantánea.

Este libro se inscribe pues en estos límites: analizar el rol de los distintos usos de la fotografía en el periodo de la construcción de la autoridad etnográfica. Pero lo hace centrándose en especial en el caso del uso que de ella se hizo, tanto en el campo como posteriormente en las publicaciones, en el museo y en el archivo, en el entorno de la Misión Dakar-Djibouti. Es decir, en torno a lo que fue la matriz de toda la etnografía africanista francesa posterior. Pero al tener como eje este asunto revela cómo la fotografía estaba en el mismo corazón o núcleo de la metodología griuliana, de su concepción de ésta antes del giro que suponen las conversaciones con el Ogon Ogotemmêli. Una etnografía concebida no como la tarea solitaria de un etnógrafo omnisciente, sino de un equipo donde existía la división del trabajo. Un tra-

bajo centrado en el «objeto fabricado» (en tanto hecho social, según Durkheim) y las «técnicas del cuerpo» que exigían ese registro fotográfico como paso previo a la interpretación del sentido compartido por la comunidad donde se había producido e insertaba.

Ahora bien, de la misma forma que la etnografía como género tuvo que afirmarse frente a otros discursos sobre la alteridad cultural, también hubo que desligar esa forma de inscribir la experiencia etnográfica, digo de la fotografía, de otros usos de la misma que para abreviar podríamos llamar exotistas. Usos, estos últimos, que vienen determinados por dos fenómenos no tan alejados temporalmente entre sí y respecto del uso etnográfico: por una parte, la extensión de la fotografía como práctica popular, por otro la posibilidad técnica de la reproducción seriada de fotografías en los libros y publicaciones periódicas. Ambos aspectos supusieron una avalancha oceánica de imágenes de la diversidad cultural a la que hoy estamos perfectamente acostumbrados, tal como si ese magma fuera nuestra segunda piel. El tiempo ha pasado, el suficiente como para perder la inocencia sobre la fotografía en tanto testigo incommovible. Apenas veinte años separan las monografías clásicas, en las que se afirmó la autoridad etnográfica, de la muerte de Leopold von Ranke (1795-1886), figura central del historicismo cuyo lema era restituir el pasado tal como efectivamente había sido. Prácticamente contemporáneo suyo fue Louis Daguerre (1787-1851). En 1922 Siegfried Kracauer criticó en las dos direcciones, en la de la histo-

ria y la de la fotografía, ese afán totalizador y realista. Si el historicismo se esforzaba por reconstruir lo más precisamente posible el continuo temporal, no por azar para explicarlo se recurre a la fotografía: «La fotografía ofrece un continuo espacial; el historicismo quisiera cumplir con el continuo temporal. Para el historicismo de lo que se trata es de hacer una fotografía del tiempo. Su fotografía del tiempo corresponde a una película gigantesca que representara desde todos los ángulos los acontecimientos a él ligados».<sup>4</sup> En general la etnografía en el periodo de la constitución de su autoridad no fue historicista. Más bien lo contrario. Pero desde el punto de vista fotográfico su ideal sí que era el dar cuenta de la totalidad «espacial», vale decir de la totalidad social según un mosaico de instantáneas interminable. Es notable que cuando Geertz aborda la obra de Evans-Pritchard y Malinowski a un capítulo de su libro *El antropólogo como autor* lo llame «Imágenes exóticas, las diapositivas africanas de Evans-Pritchard». Por otra parte, en el dedicado a Malinowski, como bien apunta el traductor de la edición española, juega con la fonética de *I-Witnessing* («yo testifical» o «testimonial») casi confundible con *Eye-Witnessing* (literalmente, «testimoniar ocularmente»)<sup>5</sup> Pero Geertz usa «diapositivas» no literalmente, sino en un sentido metafórico para referirse a la manera de la escritura, al estilo. El análisis de la imagen fotográfica por sí ni se menciona.

Este libro escrito por Hasan G. López Sanz, en el que allá al fondo yace una tesis doctoral, también aborda la

crítica de la fotografía en un doble aspecto. Deslinda los usos exóticos de los etnográficos y critica cada uno de esos usos que, en cuanto fueron públicos, fueron por ende políticos en sentido amplio. Esa es la razón de que, junto al caso central de las concepciones fotográficas de Griaule y los suyos en el momento de la Misión Dakar-Djibouti, se aborden comparativamente los casos de Boas, Malinowski, Margaret Mead y Bateson. Libro de historia de la antropología, de crítica de la misma en su edad de oro etnográfica, contribución a una historia de la práctica fotográfica en uno de sus aspectos fundamentales. Y todo ello con un apoyo documental verdaderamente minucioso, incluso algo abrumador, sin que por ello su lectura pierda fluidez y amenidad. Pero este libro versa también acerca de cómo etnografía y fotografía contribuyeron, en sus diversos entendimientos y relaciones, a nuestra imagen del mundo (en el sentido que para Wittgenstein tiene el concepto de *Weltbild*). Por tanto un libro que es asimismo de antropología filosófica, si es que por ella ha de entenderse –y creo que *también así* debe entenderse– una crítica de la antropología empírica.

## NOTAS

1. Excepciones en nuestro país son los estudios de Fernando Giobellina Brumana, «Entre Tintín y Tartarín: la misión Dakar-Yibouti en el origen de la etnología francesa» (2002), reelaborado en *Soñando con los Dogon. En los orígenes de la etnografía francesa* (2005). Posterior es el estudio del que esto escribe y del autor del libro que comentamos, *La misión etnográfica y lingüística Dakar-Djibouti (1931-1933) y el fantasma de África* (2009), publicado con ocasión de la exposición del mismo nombre que tuvo lugar en el MuVIM de Valencia el mismo año. Una huella de la misma puede apreciarse en el audiovisual <<http://roderic.uv.es/handle/10550/34502>>. También puede consultarse de ambos autores «Sócrates chez les nègres», *Quaderns-e. Quaderns de l'Institut Català d'Antropologia* 15 (1) 2010, <<http://roderic.uv.es/handle/10550/32668>>. En un libro recientemente aparecido, Giobellina Brumana vuelve a analizar el entorno de la revista *Documents* donde se conocieron Griaule y Leiris, *El lado oscuro*, Katz Editores, 2014.
2. Hay edición española: M. Leiris, *El África fantasmal*, Valencia, Pretextos, 2007.
3. Geertz, C. *El antropólogo como autor*, Barcelona, Paidós, 1989, p. 15.
4. Kracauer, S. «La Fotografía», en *Estética sin territorio*. Murcia, Colegio oficial de Aparejadores y Arquitectos técnicos de la región de Murcia, 2006, p. 279
5. Vid. nota 1 p. 83 de Alberto Cardín, traductor de Geertz, C. *El antropólogo como autor*, Barcelona, Paidós, 1989.

# PASAJES

DE PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO

Invierno 2014-2015 / PVP 10 €

## Populismos

*Núria Girona*, Las vueltas del populismo

*Martín Retamozo y María Belén Morris*, Elogio del populismo (en ciertas circunstancias)

*Soledad Stoessel*, Los claroscuros del populismo. La Revolución Ciudadana en Ecuador

*Jesús Peris Llorca*, Populismo y literatura popular. Las fallas y el blaverismo

*Erik Del Bufalo*, El pueblo vacío del populismo. Una crítica desde la multitud democrática

---

### ENTREVISTA

*Claude Lanzmann* entrevistada por François Gantheret, «Los no-lugares de la memoria»

### TEMAS

*Carmen Gallano*, ¿Podemos con el psicoanálisis subvertir la política?

*Carmen Ors Marqués*, Metáforas de la sociedad moderna

*Aleida Assmann*, Reflexiones sobre 1914-2014

### LIBROS

*Juan Miguel Company*, Cómo restaurar un nombre (Kirk Douglas, Yo soy Espartaco)

*Natalia Castillo*, El animal, signo político (Gabriel Giorgi, Formas comunes: animalidad, cultura, biopolítica)

*Nicolás Sánchez Durá*, Black & White (Hasan López, La pluma y la cámara)

*Òscar Barberá*, Fascinación por la epigenética (Andrés Moya, El cálculo de la vida)

*Antonio de Murcia*, Filosofar con la historia (J.L.Villacañas, Historia del poder político en España)



## PASAJES

Revista de pensamiento contemporáneo

### Director:

Pedro Ruiz Torres

### Secretario de Redacción:

Gustau Muñoz

### Consejo de Redacción:

Carmen Aranegui / Giulia Colaizzi / Antoni Furió /  
Javier de Lucas / Ernest García / Núria Girona /  
Andrés Moya / Juli Peretó / Nicolás Sánchez Durá /  
Justo Serna / Sergio Sevilla / Jaime Siles / Cristina Vidal

### Consejo Asesor:

Francisco J. Ayala / Seyla Benhabib / Juan Manuel Bonet /  
Camilo José Cela Conde / Roger Chartier / María Ángeles Durán /  
Ramon Folch / Josep Fontana / Geneviève Fraisse / Wlad Godzich /  
Enrique González / Jon Juaristi / Santos Juliá / Ramon Lapiedra /  
Giovanni Levi / Vicent Llomabrt / Tomàs Llorens / Pilar Maestro /  
Isabel Morant / Jacobo Muñoz / Sami Naïr / Juan Pérez Mercader /  
Paul Preston / Ismael Saz / Trinidad Simó / Julia Varela /  
Ramón Villares / Luis Villoro / Jorge Wagensberg

### Redacción, administración y suscripciones:

Publicacions de la Universitat de València

Arts Gràfiques, 13. 46010 València

Tel.: 96 386 41 15 / Fax: 96 386 40 67

E-Mail: [pasajes@uv.es](mailto:pasajes@uv.es)

Diseño y maquetación: Celso Hernández de la Figuera

Impresión: LA IMPRENTA CG

### Distribución:

Gea Llibres (96 166 52 56): Valencia, Castelló  
Gaia Libros (96 511 05 16): Alacant, Murcia, Albacete  
Midac (93 746 41 10): Catalunya  
Distriforma (91 601 77 42): Madrid, Castilla La Mancha  
Ícaro (97 612 63 33): Euskadi, Navarra, Rioja, Aragón  
Centro Andaluz (95 440 63 66): Andalucía Occidental  
Carpe (98 161 17 52): Galicia  
Palma (97 128 94 21): Illes Balears  
CAL-Málaga (95 225 10 04): Andalucía Oriental  
Terrier (985 16 82 87): Asturias  
Arcadía (983 39 50 49): Castilla León  
Canary Books (922 27 17 15): Islas Canarias  
Argentina:  
Jorge Waldhuter ([jwlibros@ciudad.com.ar](mailto:jwlibros@ciudad.com.ar))  
México:  
Cobi ([cobi@corporacionbibliografica.com](mailto:cobi@corporacionbibliografica.com))  
Colombia:  
Siglo del Hombre ([info@siglodelhombre.com](mailto:info@siglodelhombre.com))

Fotografía de la portada:

Bruno Serralongue: Ciudad de México, 2006

ISSN: 1575-2259

Depósito Legal: V-2137-1999

Precio de este número: 10 euros

ARCE  
Asociación de  
Revistas  
Españolas  
de Crítica

UNIVERSITAT  
de VALÈNCIA  
PUBLICACIONS  
PUV

Editorial	2
-----------	---

## POPULISMOS

---

<i>Núria Girona</i> , Las vueltas del populismo	4
<i>Martín Retamozo y María Belén Morris</i> , Elogio del populismo (en ciertas circunstancias). Notas sobre el kirchnerismo en Argentina	16
<i>Soledad Stoessel</i> , Los claroscuros del populismo. El caso de la Revolución Ciudadana en Ecuador	28
<i>Jesús Peris Llorca</i> , Populismo y literatura popular. La función de las fallas de Valencia en la extensión del <i>blaverismo</i>	42
<i>Erik Del Bufalo</i> , El pueblo vacío del populismo. Una crítica desde la multitud democrática	62

## Entrevista

---

<i>Claude Lanzmann</i> entrevistada por François Gantheret, «Los no-lugares de la memoria»	76
--	----

## Temas

---

<i>Carmen Gallano</i> , ¿Podemos con el psicoanálisis subvertir la política?	90
<i>Carmen Ors Marqués</i> , Metáforas de la sociedad moderna	96
<i>Aleida Assmann</i> , Reflexiones sobre 1914-2014	104

## Libros

---

<i>Juan Miguel Company</i> , Cómo restaurar un nombre (Kirk Douglas, Yo soy Espartaco)	111
<i>Natalia Castillo</i> , El animal, signo político (Gabriel Giorgi, Formas comunes: animalidad, cultura, biopolítica)	117
<i>Nicolás Sánchez Durá</i> , Black & White (Hasan López, La pluma y la cámara)	121
<i>Óscar Barberá</i> , Fascinación por la epigenética (Andrés Moya, El cálculo de la vida)	128
<i>Antonio de Murcia</i> , Filosofar con la historia (J. L. Villacañas, Historia del poder político en España)	136